

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.942



GALERIA DE OBRAS DE ARTE.—«EL FIN DE UN SUEÑO», OBRA PRIMOROSA DEL PINTOR FRANCÉS LUIS RIDET.

ENTRE TODOS

NOVELA CORTA ORIGINAL
= DE ROBERTO MOLINA =

En el dormido silencio de la noche, a hora como las dos de la madrugada, sobre las duras piedras de la calleja obscura resonaron las secas pisadas de un caballo. Era Pedro Antonio, que presentase, inesperadamente, en el pueblo, tras una ausencia de doce años. Apeóse de la cabalgadura, junto a la casa de su tío. Dudó unos instantes si llamar a tan desusada hora o encaminarse a la posada, y hubiera prevalecido esta última idea a no ser porque oyó grandes voces alegres que provenían de la cerrada vivienda, tal como si los dueños y los criados, en amigable reunión, festejasen algún extraordinario acontecimiento. Pedro Antonio, ante la sorprendente novedad, estuvo un rato, tal vez arrepentido de no haber dado aviso a su tío; y al pensar entonces en su prima Luisa, se dijo si no sería todo aquello feste-

jos en su honor, porque estaba ya en edad de casarse, aunque no era verosímil que semejante acontecimiento hubiera dejado de comunicárselo su tío Manuel. En estas dudas y vacilaciones pasaban los minutos, y como la crudeza de la noche vernal no permitía un soliloquio dilatado, determinó a entrar, y dió el aviso con dos aldabonazos enérgicos, que desde las cuerdas traseras fueron contestados por los perros con furiosos ladridos. Abriéndose en el acto una de las ventanas, desde dentro vocearon:

—¡Ya van!

Y mientras franqueaba las puertas un criado, el viajero oyó decir:

—Pronto ha venido la cuadrilla.

Bañó toda la calle un abanico de luz que salía por el ventanal, y hasta afuera llegaba ese característico rumor del

chisporroteo de leños y sarmientos. Fué descorrido un gran cerrojo, y, al abrir la puerta, dijo el criado, sin reparar en el viajero:

—Venis antes de la hora.

—Después de la hora, dirás—contestó él, sonriendo—. Lo digo—añadió—porque éstas no son horas de visitas, ni aquí, ni en Madrid, ni en ninguna parte.

—¿Cómo!... ¿Quién es?—exclamó el mozo, con voz de alarma.

—¿No me conoces? Soy Pedro Antonio, el sobrino de tu amo.

—¿Don Pedro Antonio? ¿El señorito Pedro Antonio? ¡Válgame la Virgen! ¡Amo Manuel, baje usted!—gritó el aludido gafián, mientras de arriba, por el hueco de la escalera, voceaban:

—¡Adelante la cuadrilla! Que suban a tomar un trago.

A las voces del mozo se hizo arriba un

repentino silencio, y el amo Manuel, acompañado de otros dos, bajaba en el momento en que ya, caballo y caballero, habían franqueado el amplio portal. Pedro Antonio dió al mozo las riendas y se adelantó, llamando en voz alta a su tío, quien, sorprendido, como es de suponer, alzó el candil que portaba en la izquierda mano, y con la derecha, haciéndose pantalla sobre la frente encanecida, miraba al joven, todo confuso, sin dar crédito a sus ojos y en un punto de perplejidad que nadie comprendió si la visita érale agradable o desagradable.

—¿No me conoce usted, tío Manuel?

—Pero hijo, Pedro Antonio, ¿es posible? ¿Cómo no has escrito? ¡Y a estas horas!...

Un abrazo del sobrino cortó las exclamaciones del viejo, que le abrazó también, llevándosele arriba, donde aguarda-

habían todos el desenlace de aquel que parecía paso de comedia.

En la cocina había hasta media docena de mujeres, entregadas a extraños trabajos sobre unos redondos lebrillos, y en el hogar crepitaban nutridas gavillas de sarmientos y hacíanse ascua unos robustos troncos. Luisa, con voz emocionada, decía medias palabras sin salir de su sorpresa. Tenía la cara encendida, como de haber estado junto a la lumbre.

—Pero hijo, qué cosas tienes... Haber escrito, y te hubiera esperado un mozo en la estación.

—Pedro Antonio ha sido siempre así, hija mía—dijo el viejo.

—Hemos traído una hora de retraso. A Mirapescuera llegó el tren a las doce. Hubiera podido quedarme allí hasta mañana; pero como hay luna y me alquilaban un caballo en la posada, me atreví a recorrer de noche esta legua y media. Ni el menor contratiempo. Al pasar frente a los cortijos de Maseras me ventearon los perros y salieron ladrando. Nada más. Ha sido una genialidad, algo así como una salida nocturna a lo don Quijote. ¿Pero qué pasa aquí? He oído voces, carcajadas... Es ya muy tarde... ¿Qué hacen ustedes?

—De matanza, hijo—contestó Luisa, poniéndola una silla junto al fuego—. Siéntate, que traerás frío. ¡Vaya con Pedro Antonio!

—¿De matanza? Es verdad. Me alegro de haber llegado. Hace ya muchos años que no gozaba este espectáculo.

El viajero se aproximó a la lumbre, al lado de su tío, mientras la hija disponía ciertos preparativos. Sobre unas enormes trébedas puestas en el centro del fuego descansaba una gran caldera, donde se estaba cociendo buen golpe de blancas cebollas que habían de servir más tarde para hacer las morcillas. Pedro Antonio no había visto a su prima ni a su tío desde hacía cosa de un año, cuando ellos fueron a Madrid, con motivo de la muerte de su madre, hermana del señor Manuel.

No quiso el viajero que a tan altas horas le preparasen cena, como se proponía Luisa; pero aceptó un trago de aguardiente y unas patatas asadas, de las muchas que tenían puestas en la lumbre para pasar la noche y dar tiempo a la llegada de los matadores, a quienes llamaban *la cuadrilla*. Había en la espaciosa y rústica cocina un no sé qué de confortable que agradaba, y una decoración característica muy simpática, tal como las alacenas bien abastecidas, jamones colgados en las paredes y unos ennegrecidos cuadros representando sugestivas escenas de caza, nevados montes y tranquilos lagos deliciosos.

El señor Manuel, que había logrado espantar el sueño, liaba cachazudamente un cigarro, mirando con bondadosa complacencia a su sobrino, y éste, sin dar muestra alguna de cansancio, risueño y jovial, observaba toda la diligente maniobra de las mujeres, la actividad directora de Luisa y la figura redonda y satisfecha de su tío, que presidía, patriarcalmente, el nocturno concierto de tan extraños preparativos.

Al poco rato resonaron en el silencio nuevos golpes dados en la puerta, y Luisa dijo entonces:

—Ahora sí que es *la cuadrilla*. Son las tres. Vienen con puntualidad.

—¿Cuánto mata usted este año?—preguntó Pedro Antonio.

—Media docena, como siempre—contestó su tío—. Tres cerdos de catorce arrobas y otros tres de diez. Para el gasto del año.

La *cuadrilla* componíanla cinco hombres, de soñolienta catadura, armados de sendos cuchillos y cordeles. Después de beber un trago, bajaron al corral, donde los puercos dormían apelotonados,

como prestándose calor. Con rapidez y destreza, los cinco matadores se apoderaron de uno, amarrándolo fuertemente a la mesa dispuesta al efecto, y así, con diligencia y pericia, fueron en poco tiempo sacrificados los seis inocentes animales. La operación del chamuscado, que en la fresca madrugada tenía un confortable encanto, se hizo con retama seca, que ardía en llamaradas grandes.

Media hora después, sobre las ascuas vivas, preparaba Luisa el almuerzo de su primo. En toda la casa había ahora un trajín alborozado y diligente, y hasta los gatos se relamían ante la perspectiva del hartazgo.

Pedro Antonio comió con extraordinario apetito aquella riquísima carne fresca, rociada de ceniza y sal. Cuando estuvo satisfecho, su prima le indicó el

mo él decía—estaba allí, en la tierra, en el laboreo del suelo y en la fecundidad del ganado, primitivas y perennes fuentes de riqueza. Y despreciaba un poco la perezosa, y casi siempre estéril, vida de las grandes ciudades, sus cruentas luchas, su actividad rutinaria y aniquilante, su vanidad y su lujo. Ignoraba la vida licenciosa del joven abogado, suelto y boyante en el océano de la villa y corte, con pocos años, pocos recursos, ninguna reflexión y extraordinarios apetitos. Y aconteció lo que era natural: a los catorce meses, vióse una mañana sin dinero y sin esperanzas de conquistarlo, esto es, sin porvenir y sin presente. Y pensó entonces en su tío, en la posibilidad de obtener de él un préstamo que le permitiera sostenerse el indispensable tiempo para preparar las abandonadas



dormitorio. Estaría rendido y debía reposar unas horas. El viajero se recogió en su aposento. Desde los cristales de la ventana se veía el campo. En la lejanía, el cielo iba tomando ese color tenuemente rosado, que anuncia el alba con careo de gallos.

Pedro Antonio era huérfano. Tenía veinticinco años y había concluido la carrera de abogado. A la muerte de su madre, el señor Manuel quiso llevarse lo al pueblo; pero él, con pretexto de ciertas oposiciones, rehusó. La verdad era que detestaba la vida aldeana, y, sobre todo, la vida en casa de su tío, casa de labor, ambiente de labranza y trajín de peones, pastores, mozos de mulas, yuntas, aperos, siembras y cosechas. El era hombre de ciudad, espíritu refinado, un poco epicúreo. Por su parte, el señor Manuel no le instó mucho. En vida de sus padres tuvieron poco trato y siempre con cierta ceremoniosa etiqueta, porque jamás este señor llegó a simpatizar con el marido de su hermana. El señor Manuel era un labrador rico y franco, muy pagado de su bienestar, de sus yuntas, sus ganados y sus terrenos. Pensaba que la única verdad del mundo—co-

posiciones. Nada de quedarse a su lado, a vegetar rústicamente en la aldea, cerca de su prima, en amenaza de matrimonio probable; vida de casino, pagar a los jornaleros... ¡Oh, nunca! Permanecería un mes, dos tal vez, dando tiempo a que se olvidasen de él sus acreedores. Luego, de repente, como quien se deja caer, aprovechando la ocasión más propicia, daría el golpe a su tío. Cuatro mil pesetas. No era un disparate. Las iba a devolver antes de un año. Aplicándose él, estudiando de veras, el porvenir era suyo.

A eso de las dos de la tarde se levantó el viajero, cuando toda la casa estaba embarullada con las múltiples faenas de la soberbia matanza. Las mujeres, con sus blancos mandiles y sus brazos arremangados hasta el codo, amasaban en lebrillos la carne picada para los chorizos; y con la abundancia de entonces, Luisa no se entretuvo ni pensó en disponer salsas ni otros guisos que la carne, bien asada o frita, sin puntualidad de horas, sin tasa y sin medida. Cada cual que cortase por donde le fuera más de su gusto. Los cerdos, abiertos en canal y pendientes del techo, ofrecían su carnosa estampa a los ojos glotonos.

El señor Manuel salió al encuentro de Pedro Antonio, poniéndole cariñosamente sobre el hombro la manaza velluda.

—¿Estás ya descansao?

—Sí, señor. ¿Y usted?

—Yo, tan firme como tú. Ya ves: el invierno me prueba. La Luisa anda ahí con las mozas. Estos días son de reja para las mujeres. Venie, que vamos a comer.

Allí, junto a la lumbre, improvisando la mesa, y mientras comían se iba formando el viejo del género de vida que en Madrid hacía su sobrino, de los planes de éste y próspera o adversa marcha de sus negocios. Pedro Antonio contó que tenía el cuestionario bien estudiado y confiaba con el éxito; pero los exámenes habían sufrido un indefinido aplazamiento y érale forzoso esperar. Dijo que el acercarse las Navidades estar solo en Madrid había sido causa de aquella determinación de su viaje para pasar con su tío y su prima hasta Año Nuevo.

Replicó el señor Manuel, muy complacido por su visita, añadiendo que ya también había pensado llamarlo. En este punto estaban de la plática, cuando entró en la cocina una mujer, como cincuenta años, gorda y frescachona, quien en el lugar llamaban *la Sagasta*.

La *Sagasta*, que había sido nodriza de Pedro Antonio, entró dando voces y le mandó cariñosamente hijo mío, y cuanto lo tuvo cerca, echóse encima abrazándolo y besándolo ruidosamente con tales exclamaciones de emoción y alegría, que todos creyeron que le había ocurrido un accidente. Pasado un buen rato, tranquilizada ya la señora, luego de mucho hablar y recordar tiempos remotos, despidió, rogándole que fuese por su casa, que sería recibido con mucho gusto.

El anciano tomó del brazo al joven proponiéndole pasear por el pueblo, echar una ojeada a las bodegas. Allí se había criado y debía tener presentes sus recuerdos. El señor Manuel, que amaba tanto la vida campesina como aborrecía la cortesana, no dejaba de contar aquel rincón de salud—como él decía—, y miraba las vecinas montañas con un cariño extraordinario, como algo tan suyo, que era menester pedirle a él permiso para su contemplación. Tenía, en efecto, el paisaje un encanto tranquilo y sosegante, con su silencio campestre, interrumpido por alguna voz de la vecina Marciala, que da las buenas tardes a vecina Rufa, o los gritos de los chigüellos, o bien el paso lento de un buey que cruza con su carga de leña.

Sobre la aldea un sol templado y confortable, y a favor de su caricia, las montañas del lugar abandonaban sus chozas y se holgaban en las puertas, entreteniéndose en sus remiendos y otros quehaceres de la vida. Como Pedro Antonio llegó a la aldea, casi nadie tenía noticia alguna de él, y la curiosidad pueblerina se despertó afanosa en cuanto vio aquel joven que iba con el amo Manuel. Todo era en ellas curiosar, preguntarse, inquietarse, murmurar y conjeturar cosas y más cosas, hasta que una vez pensó que el señorito sería el sobrino de su tío, otra tuvo la misma inspiración, con la añadidura de que venía a algún negocio de mucha importancia, porque, de ser así, a nadie se le ocurriría abandonar las dulzuras de la capital para pisar las barrizales del poblado. Estuvieron acordando las mujeres en esto punto sobre el giraban las conversaciones, como un tema harto sabroso y nuevo, cuando a una de ellas se le ocurrió pensar que si el señorito era soltero y se casase con la señorita Luisa, y como que eso era cosa ya muy conocida por haberlo oído contar en el hogar, una tercera añadió que la boda estaría tratada y en breve comenzarían a

amonestaciones. Así, mientras el tío y el sobrino paseaban tranquilos y bien ajenos a semejante idea y de tan honrados proyectos, la invención de las mujeres tomó cuerpo y alas, divulgándose por el lugar con todo género de seguridades, señales y fechas, que parecía imposible el no ser cierto, y más imposible todavía que fuese invención de rústicas lugareñas. Corrió con el cuento una de ellas para decirselo a la Leoncia, que era la más antigua criada del señor Manuel, y la Leoncia, admirada y abierta la desdentada boca, para no pasar por ignorante estando en la casa, o sea en el propio manantial, allí, en donde moraban los principales personajes del cuento, hizo un gesto afirmativo y grave, como aconsejando prudencia y puer to en boca, por ser aquella una noticia que carecía de carácter oficial. Fué la vieja, y la Leoncia, entonces, habló a otra de las muchas que trajinaban en la casa aquellos días; ésta sopló al oído de su vecina, y la vecina al de su compañera inmediata, y en menos que se cuenta, corrió como la pólvora, y lo supo, al fin, aunque la última, Luisa. No nos meteremos ahora a explicar el asombro de la joven ni los esfuerzos que hizo para sacar a aquellas mujeres de su error, porque todas, como si hubiesen tramado una conjura, alborotáronse, diciendo que sí, que todo el pueblo lo sabía, que era una cosa muy puesta en razón, bien vista por todos y ya ocioso el negarla. Ante tales palabras, afirmaciones y detalles, Luisa quedó confusa, y, por primera vez, apartó el pensamiento de su labor para fijarlo en su primo. Aquí hemos de ser imparciales, y diremos que no se le arrugó el entrecejo ni hizo mohín desagradable, antes parece que sentía una emoción indefinible, y vióse en el espejo el rostro, como las mismas cerezas, de puro encendido. Pensó ella que Pedro Antonio estaría entonces hablando con su padre y que tal vez el viejo hubiese, de antemano, concebido este proyecto.

Volvían ya de su paseo tío y sobrino después de haberse detenido varias veces para saludar a los principales señores del pueblo. Hablaba el viejo de sus haciendas, de las cacerías de liebres, en tiempo de nevadas, y de las temporadas en el cortijo, en primavera y en otoño; y el rústico lenguaje del hacendado lugareño tenía un sabor georgico, dulce y poético, *rumoroso*, como una égloga de Garcilaso.

Transcurrido había todo el mes de diciembre sin que aconteciese cosa digna de mención, y con la entrada del Año Nuevo Pedro Antonio dióse a meditar sobre su suerte, porque es cosa cierta que en principios de año todos los holgazanes y todos los naufragos de la vida reaccionan y conciben arduos proyectos de regeneración y de enmienda. La calma del lugar, el tranquilo silencio de la aldea y la ausencia de cuidados graves (de aquellos cuidados que acarrea la inmediata necesidad del día) eran como trabas y lazos para el espíritu del joven. La carencia de estímulo y la pereza reblandecían su ya poco firme voluntad, y todos los felices propósitos de lucha quedaban aplazados para luego, para ese mañana un poco distante, para después, cuando, rotas ya las suaves ligaduras que le retenían en casa de su tío, abandonase, al fin, definitivamente el pueblo en un arranque enérgico, espantada la pereza, vencida la modorra aldeana, afirmado en una fuerte resolución. Pero necesitaba dinero, aquel préstamo de su tío, que, por parecerle cosa harto seria, se contenía, temeroso y apocado, dejando para luego la ocasión

de ahora, sin motivos para creer en el éxito de su demanda ni para temer el fracaso. Así iban pasando los días, y, lentamente, nuestro héroe adquiría ese colorido aldeano, esa rústica simplicidad y esa propensión al éxtasis, a quedarse embobado mirando al cielo, al monte, al río que corre, al incierto vuelo de un pajarillo. Por las mañanas, en no lloviendo, salía con su tío a pasear hasta el *Poste de Santisteban*, lugar estratégico y eminente, desde el cual divisábase la extensa hondonada, con sus caminos estrechos y sus tierras de labor. Por la tarde, se reunían en casa de Talamante, otro hacendado del lugar.

Allí, junto a la lumbre, cuatro o cinco amigos hacían tiempo en espera de la

—Yo creo que la bellota, tío Manuel.
—Débote este jarro de vino. Te lo has ganado—contestaba, riendo, el anciano.
Algunas tardes jugaban a la brisca o al tute, y otras, el joven forastero se iba solo por la orilla del río hasta el camino de *Tirante el Blanco*. De espaldas al río, en un montículo que tenía una peña blanca y plana, tomaba asiento y contemplaba la lejanía, embobado. Los muchachos del pueblo, jugando en una explanada próxima, alborotaban y apedreaban de lo lindo. Un hortelano, que escabillaba los machones, se le acercó con solicitud.
—Buenas tardes.
—Buenas, tío Crespo.
—¿Se toma el solecico?



noche. Sentábanse, y Talamante decía a su mujer:

—Sácate vino y ásanos alguna cosa.
La mujer colocaba sobre unas parrillas dos orejas de cerdo y forro de cabeza. El señor Manuel decía:
—Lo que más engorda a estos animales es la bellota.
—No, señor—contestaba Talamante—. El salvado y patata cocida es lo mejor.
—Te digo que la bellota, y no seas animal, Talamante.
—Y yo le digo a usted, señor Manuel, que la patata.
—Que no.
—Que sí, señor Manuel. No sea usted bruto. Yo sé lo que me digo.
—¿Qué dices tú? —preguntaba, finalmente, a Pedro Antonio—. Este borrico es más terco que una mula manchega. ¿Qué opinas tú?

—Sí, señor.
—Eso está muy bien... Este sol no lo tienen en Madrid. ¿Verdad que no? ¡Si lo pescaran!
—¡Ya lo creo!
—Pues no digamos este río... ¡Si lo pescaran también!
—Ya lo creo.
—Aquí podemos estar orgullosos de tener lo mejor de lo mejor, y todo es natural, sin mentiras ni tapujos. Si le dan a usted un vaso de vino, pues es un vaso de vino; si le dan una tajada de magro, pues eso es y no otra cosa. Todo es verdad, tal como lo da la tierra, sin mejunjes ni arreglos ni porquerías de las fondas. ¿No es verdad? A usted no hay mas que verlo ahora, tan colorao y tan rebusto. Usted ya no se nos va, y menos con lo que se dice, que será verdad, porque verdá tiene que ser.

—¿Y qué es lo que se dice?
—¡Ja, ja, señorito! ¡Qué cosas de Madrid pregunta usted! Voy a mi trabajo. No canso más.

Y Pedro Antonio, sin enterarse de lo que se dice, veía alejarse al viejo, que se inclinaba hacia la tierra, removiéndola con su azada.

Una noche tuvo que ir con su prima y con su tío a casa de don Amós, el *Indiano*. Este don Amós era un viejo bien conservado y rico, que había estado en Buenos Aires, de donde cuentan que trajo su fortuna. Tenía cuatro hijas y mujer, y para su particular uso gastaba una vocecica afeminada muy ridícula. Daba la sensación de un hombre agudo, listo, escurridizo, ladino y mala persona. Se le respetaba más de lo general y sin saber por qué. Aquella noche había fiesta en su casa. Era la petición de mano de su hija Anastasia, la más pequeña de las cuatro. Con este motivo estaban invitados muchos amigos, haciéndose un gasto considerable de garbanzos tostados, algarrobas, tortas de aceite y vino. Había que ser espléndido. En la casa, a pesar de la fiesta, notábase algo anormal. Con sólo mirar a las hijas del *Indiano* se advertía su tremendo disgusto, mal disimulado por una hipócrita sonrisa de cumplido. Las tres mayores estaban furiosas, a causa de que su hermana se casaba antes que ellas, lo cual era, en el lenguaje del pueblo, *darles pan de centeno*. La esposa de don Amós, la *Indiana*, agotaba todos sus recursos para que hubiera paz.

Un ciego, llamado Tobías, ayudante honorario del sacristán del pueblo, estaba convidado también para que tocara el acordeón y tuvieran las chicas un poquito de baile. El ciego se ganaba la vida con su acordeón mugriento, y era indispensable en bodas y bautizos, cumpleaños y otras solemnidades. Don Amós desafiaba con su vocecilla de tiple, y decía atrocidades del que iba a ser su consuegro. Había un corro de hombres solos en torno de una mesita de camilla, con brasero. Sobre la mesita descansaba un lebrillo lleno de limonada, que era vino con azúcar y ligeramente bautizado. La señora de don Amós presidía el concurso femenino en otro lugar de la sala. Estaban allí las damas de peso, madres todas, y hasta alguna alcanzaba la categoría de abuela. Las niñas solteras mariposeaban de aquí para allá, riendo, pellizcándose, murmurando, arreglándose constantemente los rictos... La *Indiana* decía en voz baja, como en secreto:

—Estoy contenta de mis hijas, y bien sabe Dios que no tengo prisa de casarlas; ésta, porque se ha empeñado su padre, que es muy terco. Las otras, tan contentas. Se llevan muy bien. Yo soy la única que... El novio es muy bueno, muy trabajador... Se ve que la quiere... Claro es que mi hija ha podido aspirar a más, claro está...

Al poco rato, hubo un revuelo grande entre todos los congregados, que se levantaron con cierta ceremonia. Era que venía la familia del novio. Saludos, abrazos, sonrisas y cumplimientos, hasta quedar todos sentados y tranquilos. En este momento se hizo un silencio embarazoso. Los padres del novio tenían que formular la petición de mano con las palabras de ritual. Era, en efecto, un tremendo minuto para la novia, para el novio y para el padre del novio, que iba a ser escuchado con una solemnidad azorante. Antes de hablar, tosía y limpiábase la boca con un pañuelo. Tosía otra vez y carraspeaba. Vuelta a limpiarse la boca y los revueltos y caídos bigotes. La señora, entonces, dióle en el brazo un pellizco tremendo.

—Sabrán ustedes a qué somos venidos—dijo.

—Nos lo figuramos — contestó don Amós.

—Pues parece que los chicos se quieren...

—Así parece—replicó la Indiana.

—... y yo creo que si los chicos se quieren..., pues, ésta y yo, hemos dicho: pues vamos a pedir a la Anastasia para nuestro José Tomás, y si se quieren y los padres de ella son gustosos, pues entonces que se contenten. ¿No es esto?

—Ni más ni menos. Nosotros, muy gustosos—replicó don Amós.

El orador limpiábase la sudorosa frente, como si hubiera realizado una tarea enorme. Y desde este momento, quebrantada ya la etiqueta, hablaron todos a la vez, dándose las correspondientes enhorabuenas. El ciego del acordeón iniciaba un vals.

La fiesta tuvo fin a las doce de la noche. Al otro día, Pedro Antonio advirtió algo extraño en su tío y en su prima. Al salir de paseo, la Sagasta le dió, desde su puerta, una gran voz, llamándolo:

—¿Pedro Antonio, Pedro Antonio!

El joven se acercó, presuroso.

—Pasa, hijo, pasa... No vienes nunca por aquí. Con lo que yo te quiero. ¡Como que te he criado! Entra, hijo, entra.

Cuando estuvo dentro, la Sagasta añadió misteriosamente:

—¿Ya parece que no te vas?

—No sé cuándo me iré. Estoy aquí muy bien. Me gusta esto más que antes.

—Se comprende—exclamó la mujer con cierto guiño expresivo.

—No sé lo que quieras decir.

—Que se comprende, hijo. No te hagas de nuevas. Lo extraño es que si la cosa está tan próxima (para que las gentes no tengan que decir), no te hayas ido a casa de Talamante o de don Amós, que son tan amigos del amo Manuel. Además, tienes mi casa, aunque es muy pobre para ti.

—Pues ahora lo comprendo menos—dijo Pedro Antonio, estupefacto.

—¿No te vas a casar con la Luisa?—replicó ahora la Sagasta, con seriedad.

—¿Yo?

—Sí; tú. ¿Quién va a ser? Y que no es suerte... Una muchacha como un sol, y todo el capital de su padre... Bien se ve que eres hombre listo.

Pedro Antonio salió como atontado. Tardó unas horas en digerir la noticia. Al quedarse solo, se acusó de no haber conocido, de no haber presentido aquello mismo que le revelaban. Y sentíase alegre y como despierto ante una nueva realidad.

Era cierto placer íntimo, una satisfacción muy grata, como el que halla al fin un refugio seguro, un lugar de paz al término de tantos azares, de vivas inquietudes y de amargas luchas.



Pedro Antonio estuvo toda la tarde pensando en su prima, que le parecía ahora hermosa, con esa belleza que el amor pone siempre. Analizaba todas las palabras de la Sagasta, y relacionando aquella revelación con ciertos detalles, cuidados y atenciones de Luisa, cayó en la cuenta de que le quería, cosa por la que se sintió muy halagado, y determinó en el acto a declararse a ella y parlamentar con su tío.

Iba paseando por las afueras, solo, concentrado, con aquella honda y gran preocupación que le había puesto contento, y forjaba ya proyectos agrícolas, planes atrevidos, toda una intensa renovación en los procedimientos de cultivo; y conforme en ello pensaba, conocía que estaba allí su porvenir, que su vocación era aquella vida entregada a la madre tierra, dándole todo su cuidado, su entendimiento, su cultura... Tenía, desde aquel momento, la vida para él una finalidad positiva, tangible, y creíase más

patriota trabajando allí, en las haciendas de su tío, que no entregado a la penosa y árida tarea de unas oposiciones, a las que concurría por mandato de la necesidad, no por imperativo sagrado de la vocación.

Caminando por la orilla del río, llegó hasta el lugar en donde días anteriores había conversado con el tío Crespo. Caía un sol tibio que acariciaba las pardas lomas y los barbechos removidos.

—Buenas tardes—dijo el labriego, al verle.

—Buenas tardes—contestó Pedro Antonio.

—¿Dando un paseo, señorito?

—Sí; tomando el sol.

—No hay cosa mejor. Y ya que está usted aquí, si se alarga un poco más, río adelante, verá el destrozo que ha hecho la crecida de la otra noche. Pensaba ha-

ca el día de marcharme es cuando no me iría nunca.

—¿Te vas a ir?—preguntó Luisa.

—Si tú quieres, no me voy—contestó él, trémulo.

Estaban solos en el comedor. Se iba apagando la claridad del crepúsculo y había un silencio solenne. Y ella, en voz baja, fervorosamente, contestó:

—Si tú quieres, no te vayas; pero habla con mi padre.

Pedro Antonio tuvo un estremecimiento de alegría y dijo:

—¿Dónde está tu padre, dónde está? Quiero hablarle ahora mismo.



Iba a casa de Talamante en busca de su tío. Por la calle halló una ronda de mozos que volvían del trabajo. Saludáronle con respeto, y uno de ellos, al dar

ban a ésta, por cuya felicidad no daban nunca de hacer votos...

En fin, tales encuentros y tan felices palabras, en una tarde y ocasión como aquella, tenían para Pedro Antonio un significado excepcional, como algo alegórico o símbolo que auguraba una feliz acogida por parte de su tío. Marallábase de que las calles rústicas, los edificios pobres, la francota simplicidad de los vecinos y, finalmente, toda la sencilla vulgaridad del pueblo tuviesen entonces un elocuente matiz sentimental, un extraordinario colorido poético que antes no supo ver. Su vida anterior ahora como una nebulosa, una extraña leyenda exótica, tumultuosa y distante ya harto olvidada. El amor hermoso lo que miraban sus ojos. Un rumor, una voz, un saludo, un grito, tenían entonces para él cierto encanto musical y profundo. Recordó que sus antepasados habían nacido y muerto allí, y creía en aquella confusión de sonidos y de emociones gratas provenía de sus muertos y de ellos también la felicidad de adaptación a un medio que le había sido antes hostil. De repente, se halló frente a su tío, que regresaba ya. Le detuvo éste al punto, y luego le dijo, mirándole frente a frente:

—¿Qué lástima, Pedro Antonio, qué lástima que en vez de darte el naipe por los libros no te haya dado por la tierra! Me han dicho que esta tarde has dispuesto el arreglo de lo del Carrascal y que hasta tú mismo ayudabas a los peones. Eso me gusta mucho. Me ha dado Dios una hija y no estoy descontento de ella. Con ella no se nota la falta de su pobre madre, que en paz descanse; pero, ¡si Dios me hubiese dado también un hijo! No estarían mis haciendas como están, tan abandonadas. No tendría yo esta pena de ver que cada día que pasa me entopezo más, y voy quedando para allá poco.

—Pues yo venía a buscarle a usted, Manuel, para decirle una cosa muy grande.

—Díla, hombre.

—Que me quiero quedar con usted; que me gusta la tierra; sí, señor.

—¿De veras, Pedro Antonio?—preguntó con acento de duda el viejo—. ¿A ti te gustaría quedarte conmigo, ayudándome a dirigir toda esta tarea, que ya pesa mucho en mis manos temblonas?

—Sí, tío Manuel, sí; me quedo. Y, además—añadió con voz temerosa y lenta—además venía a decir a usted otra cosa más grande todavía.

—¿Más grande? ¿Qué puede ser entonces? Entra, hombre; entra y desembúchame.

Habían llegado a la casa. Luisa, al verles en el comedor, se retiró discretamente. Pedro Antonio dijo a su tío:

—Luisa y yo nos queremos. En las manos de usted está nuestra suerte.

El señor Manuel quedóse mirándole un rato y dió dos o tres vueltas por el comedor sin hablar palabra. Luego, alzó la voz para llamar a su hija, y en cuanto hubo entrado, le dijo:

—Pedro Antonio me acaba de decir una cosa muy grande y muy seria. ¿Sabes qué es?

—Me lo figuro, padre.

—Pues si te lo figuras y pones esa cara tan encarnada que parece que va a saltar la sangre, no necesito saber más. Mañana hablaremos éste y yo con el cura. Y tú—dijo a Pedro Antonio, con un acento más cordial y más franco, dulce y severo acento de padre—, desde mañana te pones una zamarra y unas botas de campo como éstas. El bombín y la corbata, para el día de la boda. Dentro de poco, en lugar de ser mi sobrino, señorito de Madrid, serás el amo Pedro Antonio.

Roberto MOLINA

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



bérselo dicho hoy al amo Manuel, porque es terreno suyo.

Llegó a toda prisa Pedro Antonio al lugar señalado por el viejo, y en el acto vió claro el remedio que convenía, ordenándose a dos mozos que ociosamente se sentaban no lejos de allí. Regresó, ya anochecido, y al entrar en casa dijeronle que su tío no había vuelto todavía.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su prima.

—De la orilla del Carrascal—contestó Pedro Antonio—. Por la parte del río se ha hundido la pared y he dado orden de que arreglen aquello. Se concluirá mañana. Yo mismo he prestado ayuda. Mira qué manos y qué botas, de barro.

La joven alzó la cabeza para mirarle, profundamente extrañada de que su primo hubiese hecho aquello que decía.

—He advertido, no sé si un poco tarde—dijo él con voz velada por la emoción—, he advertido que mi vocación y mis amores están aquí, en este pueblo y en esta tierra. Desde que vine me siento transformado. Hay algo aquí que me sujeta irresistiblemente. Ahora que se acer-

las buenas noches, subrayólas de esta manera:

—Buenas noches, amo Pedro Antonio.

Era como la consagración de su persona en el pueblo, reconocido como heredero de su tío, considerado ya un rico lugareño, hijo del lugar, que no es el joven forastero a quien se llama señorito Pedro Antonio, sino el pequeño señor feudal, yerno de don Manuel Ibáñez.

Encontró al señor cura, que tuvo para él un afectuoso saludo y una palmadita en el hombro.

—¿Dónde tan de prisa? Veo con satisfacción que no se aburre usted entre nosotros. Usted es de los que se quedan para siempre. Me alegro infinito, Pedro Antonio. Presiento que vamos a ser bastante amigos. Vaya por casa cuando guste. Tengo mi tertulia por las tardes. Usted será siempre muy bien recibido...

Halló después a dos señoras respetables, que hablaron muy cordialmente con él, y, entre otras deliciosas vulgaridades, le dijeron que ellas eran amigas de su tío, como lo habían sido de su difunta esposa, la madre de Luisa. Que adora-

EL SASTRE TIRAHILO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

PUES, señor: había una vez un muchacho chillo que era sastre y se llamaba Tirahilo.

Tirahilo era muy habilidoso y sabía hacer trajes de todo lujo; pero vivía en un pueblecito en el que todo el mundo era pobre y nadie se encargaba trajes nuevos, de tal suerte, que los mayores trabajos que le daban era algún que otro zurcido o echar alguna pieza a unos pantalones viejos. Así, a pesar de su talento, Tirahilo no ganaba casi nada y se moría de hambre.

En vista de lo cual, tomó el partido de irse a la ciudad a lucir sus habilidades; y un amanecer, se puso en camino.

Al poco rato, vió una liebre que tenía la cola cogida en una trampa.

—Ya tengo desayuno — pensó Tirahilo —; voy a matar esa liebre, la asaré en una hoguera de ramas secas y me la comeré.

Pero la liebre le oyó y empezó a llorar. —No me mates; librame, y algún día te demostraré mi agradecimiento.

Tirahilo, que era muy bueno, libertó a la liebre y la dejó escapar.

Al mediodía, el hambre empezaba a apretar, cuando, al pasar junto a un estanque, Tirahilo vió dos patitos que retozaban a la orilla.

—Ya tengo almuerzo! — exclamó—. ¡Qué tiernecitos y gorditos están!

Ya alargaba la mano para apoderarse de ellos, cuando vió surgir del agua a toda una señora pata que se reforzaba las patitas con angustia.

—¡No cojas mis hijos! — suplicó —; piensa en el dolor que hubiera tenido tu madre si te hubieran arrebatado a ti.

Tirahilo, lleno de compasión, se apresuró a pedir perdón por el crimen que se disponía a cometer; luego, se estrechó el cinturón, que le venía ya algo grande, y se alejó, suspirando.

Ya cerraba la noche, y el pobre sastre, hambriento y sin fuerzas, vió una colmena en un árbol hueco.

—¡Alabado sea Dios! — exclamó —; por lo menos, tendré cena. Esta rica miel me va a venir de perlas.

Pero una alada y rubia damita, la reina de las abejas, salió de la colmena, volando.

—¡No nos cojas nuestra miel, que tanto trabajo y tiempo nos cuesta hacer! — suplicó —; piensa que no hay buena acción que se quede sin recompensa.

El sastre se rindió a estas razones, y, apretándose aún más el cinturón, se alejó resignado y hambriento.

Por fin, llegó a la ciudad, donde, al día siguiente, sin pérdida de tiempo, abrió una tienda y se puso a trabajar. Hacía trajes tan elegantes, que al poco tiempo tenía la clientela de todos los grandes señores de la capital, y su fama llegó a oídos del rey, que le encargó no sé cuántos trajes y mantos de corte, y acabó nombrándole proveedor exclusivo de su regio guardarropa.

Aquel rey, además de tener buen gusto y saber apreciar el mérito de un buen sastre, era bondadoso y justo; pero tenía un ministro que era el ser más presumido y tacaño de la creación.

El señor Berrinchón — así se llamaba el ministro — quería ir bien vestido, pero no quería gastar dinero; para acordar estas cosas, que parecen inconciliables, se fué a ver a Tirahilo, y le dijo:

—Necesito que me hagas seis trajes de raso, bordados en oro, y tres mantos de terciopelo, bordados en plata; pero te advierto que todo ha de ser gratis; si no

consientes, me las arreglaré para que el rey te retire su parroquia.

Tirahilo contestó tranquilamente:

—Usted me ha tomado a mí por el sastre del Campillo, que cose de balde y pone el hilo, y se ha equivocado; puesto que su majestad me paga los trabajos que hago para su real persona, no veo por qué le voy a coser gratis a usted.

—¡Insolente! — gritó Berrinchón —; pues bien: cobrarás, pero me las pagarás.

Salió como una exhalación y fué a decir al rey:

—¿Sabéis, señor, lo que me acaban de contar? Pues que Tirahilo sabe dónde se

sé dónde está la corona: el rey la dejó caer en el estanque un día que iba medio dormido sobre su caballo. Vamos, hijos, traed a nuestro bienhechor la corona de su majestad.

Y he aquí que los dos patitos se sumergen en el agua y traen la corona entre sus dos picos.

Tan contento se puso el rey al recibir su corona, que encargó a Tirahilo doce trajes nuevos.

Pero el señor Berrinchón estaba cada vez más exasperado, y un día le dijo al monarca:

—¿No creéis, señor, que es extraño que

oyó una dulce vozecita que le llamaba: —¡Amigo Tirahilo!, ¿adónde vas tan triste?

Era la liebre, a la que salvó de la trampa, y el sastre se apresuró a referirle su lamentable aventura.

—¿No te dije que algún día te demostraría mi agradecimiento? — exclamó la liebre —. Precisamente soy gran perito en esta materia. Vamos a palacio.

En cuanto estuvieron en el patio real, la liebre empezó a olfatear y arañar el suelo, hasta que, de pronto, saltó un chorro de agua fresca y cristalina.

Cuando el rey oyó el ruido del agua y acudió, quedó encantado.

—Decididamente — exclamó —, Tirahilo tiene un talento extraordinario.

—Ya lo creo — dijo el ministro, con su peor sonrisa —; tanto talento tiene que va por todas partes vanagloriándose de que, si él quisiera, en tres días edificaría un palacio idéntico al de vuestra majestad.

—¡Idéntico al mío? — protestó el rey —; pues para castigar su loca presunción vé y dile que le ordeno lo haga en seguida; pero como no necesito dos palacios para vivir, que lo haga en cera blanca y del tamaño que se le antoje.

Al ministro le faltó tiempo para transmitir esta orden al sastre, y tampoco se le olvidó añadir que como no la cumpliera sería ahorcado.

—¡Esta vez sí que no me queda más remedio que marcharme! — pensó el pobre Tirahilo, aterrado —; ¿pues por quién me habrán tomado a mí estas gentes?

Por la tercera vez preparó sus alforjas y echó a andar; al salir del bosque y pasar ante cierto árbol hueco, una damita alada y dorada se colocó ante él y susurró:

—Triste te veo, amigo Tirahilo; ¿qué te pasa?

Era la reina de las abejas; el sastre se le refirió todo.

—No te aflijas — exclamó la otra —; duermes en paz, que si algún día te regateé nuestra miel, hoy te regalaremos cuanta cera tengamos en la colmena, y nuestro tiempo y trabajo además.

Y he aquí que la reina da órdenes, y a la mañana siguiente la reina le entrega una verdadera alhaja: era un palacio idéntico al del rey; pero microscópico, todo él de cera blanca, con torreones y molduras de miel.

Cuando el rey se vió en posesión de aquella maravilla, su alegría fué tal que mandó la colocaran en medio de su salón de fiestas, protegida por un enrejado de oro y perlas, a fin de que todos pudiesen admirarla y nadie tocarla.

Luego, convencido de la habilidad y el talento del sastre Tirahilo, le nombró primer ministro, en sustitución de Berrinchón, a quien, convencido de su perversidad, desterró del reino.

El primer acto de autoridad del nuevo ministro fué un decreto concediendo a la mamá pata una renta vitalicia de diez mil sacos de pan al año, y a la reina abeja otra renta de diez mil cestos de flores, y prohibir, bajo pena de muerte, matar una sola liebre en todo el territorio. El rey firmó este decreto por complacer a su nuevo consejero; pero en su vida logró el pobre monarca explicarse las razones de la generosidad de su excelencia Tirahilo hacia las liebres, los patos y las abejas.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.



halla la corona de oro que vuestra majestad perdió hace pocos días.

Encantado con la noticia, el rey mandó llamar a Tirahilo y le pidió que le indicase el lugar en que se encontraba la corona.

—¿Y yo qué sé dónde está? — exclamó Tirahilo, estupefacto.

—¡Ah, miserable! — dijo el rey, lleno de indignación —, la has encontrado y te quieres quedar con ella; pues como no me la traigas de aquí a mañana, serás ahorcado.

Tirahilo salió de palacio llorando a lágrima viva, y reuniendo sus ropas se alejó, suspirando. Al pasar junto al estanque oyó una voz que le llamaba:

—¡Amigo Tirahilo!, ¿adónde vas tan triste?

Era la madre de los patitos, y el sastre le refirió su historia.

—No te apures — gritó la pata —, que yo

ese sastre haya encontrado la corona, cuando todos los servidores de vuestra majestad, reunidos, no habían logrado dar con ella? A buen seguro que la habría robado él; de no ser así, y si es que él tiene el poder de encontrar las cosas mejor que nadie, él encontraría también un manantial que los ingenieros de vuestra majestad buscan en vano en el patio del palacio para hacer un pozo.

El rey encontró maravilloso este razonamiento, y mandó venir al sastre.

—Si mañana — le dijo — no has descubierto un manantial en el patio de mi palacio, serás ahorcado, sin remisión.

El pobre Tirahilo vió la situación desesperada. ¿Acaso era él brujo para descubrir manantiales bajo tierra? Lo mejor era huir cuanto antes de aquellos lugares, productivos, pero peligrosos.

Y cuando, a la noche, el infeliz cruzaba el bosque con sus alforjas al hombro,

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

CONTEMPLACION DESDE EL PINCIO

Hemos querido despedirnos de Roma con una visión sintética, y hemos subido al Pincio, por la escalera de España, magnífica gradería dieciochesca, que empieza en la fuente Barcaccia, del Bernini, y que coronan deliciosamente las torres de Trinita de Monti. Pasamos frente a la villa Médicis, hoy Academia francesa, y el recuerdo de Velázquez nos acaricia otra vez. Roma no dió al gran pintor únicamente la sugestión poderosa de su tradición artística, sino también la gracia de su paisaje. Los dos cuadros velazqueños de la villa Médicis son el impulso de un sentimiento rudimentario entonces en la emotividad española: el sentido de la naturaleza en las artes plásticas. No es esta la ocasión para abandonarnos al fecundo tema de la facultad perceptiva del paisaje en el arte español. Pero yo veo en esos cuadros la iniciación española en una corriente que ha contribuido a renovar la espiritualidad humana. Antes de Velázquez hubo ya, entre otros, ¿quién lo duda?, sentido literario del paisaje. Probablemente ese sentido procede de la poesía popular gallega; y acaso Galicia ha ejercido sobre la literatura castellana una influencia parecida a la del *lukismo* escocés en la inglesa, o a la de la escuela suiza en el arte alemán. Pero nuestro sentido pictórico del paisaje tiene su verdadera iniciación en la huella romana ejercida sobre Velázquez. Es curioso contrastar esos cuadros, eternamente juveniles, con los fondos austeros y rudos que los montes de El Pardo forman en torno a las figuras venatorias o ecuestres de reyes, príncipes y validos. El jardín de la villa Médicis se abre como una sonrisa o como una flor en la producción varonil de Velázquez. Y es singular el destino de Roma como fecundadora inmortal de los grandes espíritus que acuden a ella: lo mismo les ofrece como nutrición simbólica y fuerte sus ubres de loba, que la inagotable riqueza de sus templos y palacios o la gracia noble de sus jardines.

Con esa divagación mental hemos entrado en el gran parque. El Pincio es, a su modo, otra Roma, eterna también, acaso la más eterna de todas, porque es la que persiste bajo la sucesión renovadora de todas las demás. Es el Pincio la manifestación ciudadana o popular de una obra genuina de Roma: la villa. Será, sin duda, una ilusión cariñosa, nacida de la melancolía con que sentíamos aproximarse la hora de abandonar esa ciudad, tal vez para siempre; pero yo encontré en el Pincio un atractivo diverso de aquella uniformidad trivial característica en los parques urbanos. Una profusión infantil de bustos mármoreos decoraba las avenidas y las plazoletas; cada uno ostentaba un nombre dulcemente sonoro: poeta menor; músico de la tradición operística italiana, tan femenina, tan lánguida y delicadamente morbosa; político de popularidad limitada y casi extinta, cooperador humilde en la obra común cuyo nombre es Italia. ¿No tuvo, en su día, el mismo Verdi el honor de dar su apellido como anagrama de la aclamación a Víctor Manuel, entonces pecaminosa: *Viva Verdi*?

Burgueses desocupados dormían placidamente en los bancos rústicos. Corros de niños danzan junto a nosotros como rondas minúsculas de divinidades silvestres. Un grupo de clérigos con vestiduras rojas, cuyo emblema no comprendemos, atrae fugazmente nuestra atención... Hemos llegado a los antiguos límites del Pincio. Atravesamos un puente, y entramos en la antigua villa Bor-

ghese, hoy villa Umberto I. ¡Cuánto recuerdo va unido a la eufonia suavísima de aquel histórico apellido! En el casino de esa villa se guarda el museo de la familia. Los grandes nombres de la Pintura italiana han dejado aquí su estela de luz. Pero la verdadera diosa de ese lugar es la famosa escultura en que Canova transfiguró, no sé bien si a Paulina Bonaparte en Venus, o a Venus en Paulina Bonaparte... Un impudor glorioso y despreciativo la circunda. Yo creo que en esa mujer el viento revolucionario, como espíritu creador, logró su oculto sentido: la reencarnación de los viejos mitos destronados, la plasmación carnal iniciada por el Renacimiento y cuyas normas inmortales resurgían en los mármoles que brotaban del suelo sagrado. Y aun parece que la muelle morbidez de

Canova adquirió, al cincelar ese cuerpo de tentación y lascivia, una intuición vedada a su propia naturaleza, algo como una diabólica posesión o lengua de fuego...

Llegamos al borde de un lago. Caballean, apacibles, los reflejos, entre un surcar de cisnes. Los carmines del ocaso tiñen las aguas, bajo la sombra tupida de los laureles y los cedros. Un templete, consagrado a Esculapio, levanta frente a nosotros sus columnas jónicas y su tímpano coronado de victorias.

Volvemos al Pincio. Dos monumentos nos sorprenden, al paso: el de Víctor Hugo y el de Goethe. Romantismo, clasicismo, ¿no serán esos conceptos aparcias ilusorias de la eterna Forma, que tiene en Roma uno de sus más hervor-

osos hogares? Pero el nombre de Goethe suena en estos sitios como una mutua ofrenda de gratitud entre la Ciudad y el Poeta, entre la inspiradora de nuevas etapas en aquella vida inmortal y el creador de las *Elegías romanas*, estilización del glorioso crepúsculo histórico.

Hemos atravesado de nuevo el Pincio, entre el bullicio de sus corros, bajo la paz de sus arboledas, propicias a nuestro ensueño. Nos encontramos en la bañada que da frente a Roma. La visión es incomparable. La Plaza del Pueblo muestra, abajo, su bella regularidad clásica. Y la extensión de la ciudad se pierde más allá del Tíber, donde se yergue la cúpula de San Pedro, con el doble prestigio de su belleza y de su símbolo. Cada una de las colinas deja ver, desde aquí, su significación. Los cipreses del Palatino, la bóveda del Panteón, la columna de Marco Aurelio, la mole de San Angelo, el Quirinal, el monumento a Víctor Manuel... ¿No hay un vuelo invisible de águilas entre las colinas, desde el Quirinal al Aventino, desde el Esquilino al Janículo? ¿O es, acaso, un volar de palomas que transporta el mensaje de las Romas enemigas, como armisticio en su lucha eterna? Un silencio apacible cae sobre la ciudad. Se adornan, en el Capitolio ideal, los animales heráldicos de Roma, la Loba, las Águilas... ¿Por qué no, también, los Gansos que la salvaron, en la noche histórica?

Y el jardín que mece esta hora de contemplación y ensueño adquiere entonces todo su significado. Oasis de la Ciudad en caravana eterna, remanso del río caudaloso y veloz. Más allá de nuestro horizonte, hay otras villas, otros jardines, que dieron a la arquitectura vegetal una escuela personalísima. Sobre la campiña romana, dura y hostil, saturada de emanaciones pérdidas, el esfuerzo del hombre dominó la naturaleza como una cerviz de toro; mientras los mármoles de las canteras toscanas y ligures encarnaban con dolor los cuerpos de los dioses y de las ninfas, los bosques recibían, como un cuño de troquel, la impronta humana. Tívoli, Irascati, Albano, Casselgandolfo, llena del recuerdo de Corot, surgían de la tierra lacustre y brava. ¿No fué ya Tibur el consuelo epicúreo de Horacio? Los cráteres apagados recibían, como grandes cálices, una ofrenda de aguas puras. Cascadas artificiales brotaban de las peñas nemorosas. Formas de mujer decoraban graciosamente las escalinetas, como visiones fugitivas entre los ramajes. Y los cardenales, los patricios, las cortesanas que arrastraban en el ropaje de sus vestidos la suerte de la Iglesia o de los reinos, venían a refugiar su amor en los palacetes rústicos... Las excavaciones proporcionaban bellos ejemplares al tesoro de los museos principescos. La mano afilada y suavísima de los cardenales acariciaba los torsos mutilados, recién descubiertos, y clasificaba sabiamente su respectiva significación, como saboreando un vino pecaminoso... Y cada una de esas villas se decoraba con un bello nombre familiar, rico de inefables eufonías: Viladeste, Aldobrandini, Torlonia, Albani, Farnesio...

Ha caído el sol. Roma se funde en una claridad violada; la gran cúpula lejana se esfuma en una neblina sutil, flota ya en lo invisible, asciende a los cielos como un grande anhelo... Y con ella elevamos, en una plegaria frenética, nuestra palpitation.

INVOCACIÓN AL AÑO NUEVO

¡Año que llamas a mi puerta!
¡Antes de abrir, quiero saber
si, al empuñar la aldaba yerta,
lo haces con ira o con placer!

Quiero saber si en mi zaguán,
al repicar el aldabón,
el eco dice: «Maldición!»,
o «Bendición!», dice el tan tan.

Eres enigma, eres secreto,
eres fantasma, eres abismo...
¡Entre las ramas de un abeto
cuelga de un año el esqueleto!
El muerto y tú, ¿seréis el mismo?

¿Es que sois otro cada vez
que muda un año en el hogar?
Pues vais, con tal perseverar,
para el dolor y la acidez,
que el corazón—único juez—
nunca alegró vuestro mudar!..

Pero esta noche oscura y fría,
en que al cristal el hielo empaña,
has de decir tu profecía
y lo que trae el nuevo día
para el viejo casón de España.

¿Traerá reposo a los hogares?
¿Traerá el olivo de la paz?
¿Contra las plagas seculares,
lluvia de sal, fuego voraz?

¿Traerá la espada justiciera,
inexorable en lo que enjuicia?
¿O se erguirá ante la injusticia
la venganza populachera
que los cuchillos acaricia?

¿Se dará por bien derramada
la sangre de nuestros soldados?
¿O alzarán su mano crispada
los diez mil hombres enterrados
y mutilados
en la flor de su vida honrada?

¿Volverán de su triste ausencia
los que viven en cautiverio?
¿Despertará cada conciencia
al aguijón del vituperio?
¿O será todo un cementerio
y España sólo una apariencia?...

¡Año que llamas a mi puerta!
¡Antes de abrir quiero saber

si, al empuñar la aldaba yerta,
lo haces con ira o con placer!

Quiero saber—ya que sonoro
suena el aldabón de España—
si, aunque muestras un rayo de oro,
llevas oculta una guadaña!..

¡Corona, con fragantes rosas,
de los héroes las calaveras,
y en el ejemplo de sus fosas
templa las almas venideras!

¡Danos un gesto indiferente
para el estéril sacrificio,
y desmorona el artificio
que levantara astutamente
un falso clamor tribunicio!

¡Preferimos la paz honrada
a la guerra con deshonra!
Vivir como pobres, sin nada,
e ir haciendo nuestra labor
austera, constante y callada.
¡Que los campos estén en flor
y los brazos sobre la azada!
¡Ser un pueblo trabajador,
mejor que un mal conquistador
de espada mohosa y mellada!

¡Da al árbol de la ciencia fruto!
¡Llena las aulas de almas nuevas,
y no te cobres más tributo
que ir desgastando las estevas!
¡Que aún las madres estén de luto
y otra vez se pregonan levass!..

Pero un silencio pavoroso
pone el eco a mi invocación,
y sigue el huésped misterioso
repicando en el aldabón.

Repicando en la aldaba fría
del casón cerrado de España,
donde ignoran si el nuevo día
traerá la espiga o la cizaña.

¡Año que llamas a mi puerta!
¡Tengo que abrirte, sin saber
si, al empuñar la aldaba yerta,
lo haces con ira o con placer!

¡Penetra, ya!... Si traes la espiga,
¡que Dios te dé su bendición!
Si la cizaña, El te maldiga:
¡misteriosa interrogación!

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Gabriel ALOMAR

CAPRICHOS

El que se veía en la oscuridad

Aquel joven veía en la oscuridad, porque le había mordido un gato, siendo niño, en el centro más nervioso del ser: en el codo.

Primero se creyó que aquello sería una ventaja para él; pero poco a poco fué volviéndose un misántropo.

Por ver en la oscuridad, había visto antes de tiempo la verdad de la vida, la escena que la resume por entero.

Por ver en la oscuridad, había visto a los seres a quienes tenía más respeto aprovecharse de la oscuridad.

Por ver en la oscuridad, había visto los peores gestos de desidia que casi todas las gentes hacen en la oscuridad.

Por ver en la oscuridad, había visto en los túneles cómo las mujeres, pálidas y de una hipocresía perfecta, se dejaban coger la mano en la oscuridad, mientras los demás, desconfiando unos de otros, se echaban mano a la cartera.

Por ver en la oscuridad, al entrar en los sótanos o en las profundas minas, vio a los animales genuinos de la oscuridad con su cara más fea que la de nadie.

Por ver en la oscuridad, vio su mismo gesto en el espejo, gesto mortal que sin

ver en la oscuridad no habría visto nunca y no le habría dejado tan desengañado.

Por ver en la oscuridad, vió el gesto de hastio de las mujeres, hasta en las que dormían a su lado, y a las que no decía que veía en la oscuridad por no asustarlas.

Por ver en la oscuridad, ha comprendido lo sucia que es la humanidad, que aprovecha la ocasión de la oscuridad para andarse en las narices.

Por ver en la oscuridad, se tuvo que suicidar.

Ramón GOMEZ DE LA SERNA

XX

LECTURAS

Epistolarios y narraciones, por José Subirá. Publicación del Patronato de Voluntarios Españoles.—Esta obra es la consiguiente a las antes ya publicadas por el mismo autor, y que son de poderosa instrucción para el conocimiento de la terrible guerra europea. Está ilustrado escritor realiza una obra patriótica, humana y civilizadora.

x

Ababol, novela original de doña Antonia Monasterio de Alonso Martínez.—La hija del gran artista español Jesús Monasterio ha publicado una primorosa no-

vela, en la cual su pluma resalta por un estilo galano y de correcto castellano, presentándonos una encantadora visión de la región murciana. Vivo y entonado colorido, complaciente amenidad, interesante argumento y caracteres bien estudiados y sostenidos, dan al libro seductora atracción.

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara Tungstam (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSTAM**, Montera, 10, teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

ACABA DE PUBLICARSE

LA CASA DE FIERAS

por

A. Hernández Catá

Libro originalísimo, sin precedentes en nuestra literatura, que, por su hondura, su amenidad y la mezcla feliz de gracia y pasión que anima sus páginas, está llamado a obtener el mismo gran éxito que los anteriores del ilustrado escritor.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN


ALUMBRADO

MEJOR

REPARTIDO

MÁS

MODERNO



LUZ

MÁS

Suntuosa

MÁS

Decorativa

TRIUNFO

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

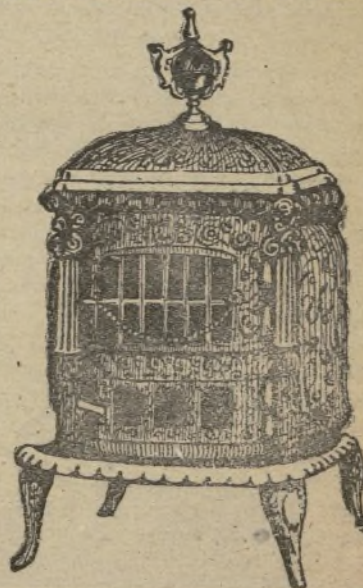
PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLÉS, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11.—MADRID—Teléfono 986

PÍDASE EL CATALOGO ILUSTRADO



Feliz año nuevo

*desea
a sus clientes
la casa-*

CARLOS COPPEL

fábrica de relojes
Fuencarral, 27
MADRID

